

ñor Madero. El oficial se perdió detrás de una cortina y se acercaron a saludarnos algunos personajes, entre los cuales era uno Rodolfo Reyes.

—¿Firmó Madero la renuncia?—nos preguntaron. El chileno respondió afirmativamente. Y los personajes dieron rienda suelta a su alegría mientras Rodolfo Reyes enseñaba los estragos de las balas en los adornos del salón. El oficial reapareció comunicándonos que el general Huerta dormía. Y resolvimos ir a la intendencia de palacio a ver a los vencidos. El mismo oficial nos condujo hasta la puerta. Pino Suárez, escribía en un bufete rodeado de soldados. En un cuarto contiguo, varias personas, en estrado, acompañaban a Madero, que, al vernos, desde el fondo se adelantó hasta el centinela.

—Señores ministros, pasen ustedes—exclamó—bafiado de júbilo el semblante. Y nos estrechó las manos con efusión. El de España ocupó su derecha y yo la derecha del señor Cologan.

—Estoy muy agradecido a las gestiones de ustedes—y señalándome añadió:—Y acepto el ofrecimiento del crucero "Cuba" para embarcar. Es un país la Gran Antilla, por el que tengo profunda simpatía. Entre un buque yanqui y uno cubano, me decido por el cubano.—De allí surgió el compromiso—para mí muy honroso—de llevar al señor Madero en automóvil a la estación del ferrocarril y de allí acompañarle a Veracruz.

Pregunté la hora de salida.

—A las diez;—respondió el presidente—pero si es posible venga usted a Palacio a las ocho. Podría ocurrir algún inconveniente; y estando usted aquí le sería fácil subsanarlo.

¿Qué duda cabía de que Madero y Pino Suárez no correrían la suerte de Gustavo?

Cumpliendo mi promesa, a las ocho entraba en el despacho de Blanquet.

—Usted puede entrar solo y cuando guste a la intendencia—me dijo el general. Además, hay orden de

permitir la entrada libre a cuantos deseen despedirse del señor Madero.

Sin embargo, juzgué prudente que me acompañase un oficial, evitando así, cualquiera pérdida interpretación. Blanquet me proporcionó un oficial amable y simpático. Era Cubano. Su apellido: Piñeyro. Su grado: capitán. Pronto lo ascenderán a Comandante.

—Es usted hombre de palabra—exclamó Madero al recibirme—y ministro que honra a su nación.

El ambiente era "franco". Nada hacía presentir la catástrofe. Echado en un sillón, el general Angeles, que no quiso incorporarse al golpe de Huerta, y le tenían por su lealtad encerrado, sonreía con tristeza. Es hombre de porte distinguido; alto, delgado, sereno; ojos grandes expresivos; fisonomía inteligente; y finas maneras. Acababa de cambiarse la ropa de campaña por el traje de paisano. Era el único de todos los presentes, que no formaba castillos de naipes, en la esperanza ilusoria del viaje a Cuba. Una hora después nos declaraba en lenguaje militar la sospecha de un horrible desenlace.

—A don Pancho lo truenan....

III

La Intendencia de Palacio. El espejo siniestro. Lascurain presenta al Congreso la renuncia de los caídos. Las gestiones de D. Ernesto Madero. Los prisioneros piden al Ministro de Cuba que no les deje solos. Un retrato de Madero.

Componían la intendencia tres habitaciones grandes y una chica. La primera, depósito de trastos, servía de comedor a los cautivos. La segunda, por la cual se comunicaba todo el departamento con el patio, y era, sin duda, el despacho del intendente, fusilado la víspera, la invadían uniformes, fusiles y sables. En la puerta que

daba al exterior, un grupo de soldados charla su jerga, comiendo tortillas de maíz, que unas cuantas mestizas de pelo lacio y salientes pómulos, cocinan y sirven a la mano; en la puerta de la derecha, el centinela, bayoneta calada, parece una estampa de cartón. Es apuerta da acceso a una sala modestamente amueblada, en la que reciben sus visitas los tres caídos. En el último cuarto, el más reducido, tenía su tocador el intendente. Un gran espejo se veía desde fuera. En él, se miraban el rostro las víctimas y, después perecían en la emboscada. Se despedían de sí mismas en aquel espejo siniestro. Y al irse del marco de caoba, tardaban instantes en traspasar, para siempre, el marco de lágrimas de la vida.... En el centro de la sala, una mesa de mármol; y sobre ella varios retratos del presidente. Forman el estrado, a la derecha del centinela, seis butacas de piel oscura y un sofá. Varias sillas, del mismo estilo, regadas a lo largo de las paredes. En el fondo una ventana herméticamente cerrada. Y delante de la ventana, el "bureau de lujo" del intendente.

Madero me hizo sentar en el sofá y a mi izquierda ocupó un sillón. Pequeño de estatura, complexión robusta, ni gordo ni delgado, el presidente rebosaba juventud. Se movía con ligereza, sacudido por los nervios; y los ojos redondos y pardos brillaban con simpático fulgor. Redonda la cara, gruesas las facciones, tupida y negra la barba, cortada en ángulo, sonreía con indulgencia y con dignidad. Reflejaba en el semblante sus pensamientos que buscaban, de continuo, medios diversos de expresión. Según piensa, habla o calla, camina o se detiene, escucha o interrumpe; agita los brazos, mira con fijeza o mira en vago; y sonríe siempre; invariablemente sonríe. Pero su sonrisa es buena, honda, franca, generosa. Una sonrisa "antípoda" de la sonrisa de Taft. Era como el gesto del régimen que con él se extinguía. De pronto me enseña su reloj de oro.

—Fíjese, ministro—exclama:—falta una piedra en la leopoldina.... Después, no sospechen que la robaron....

¿Qué súbdito presentimiento lo asaltaba? A grandes pasos recorrió la distancia del espejo, del cuarto contiguo, al centinela inmóvil. Acercándose de nuevo, me dió:

—Un presidente electo por cinco años, derrocado a los quince meses, sólo debe quejarse de sí mismo. La causa es... esta, y así la historia, si es justa, lo dirá: no supo sostenerse....

Ocupa una butaca y cruza las piernas.

—Ministro:—añade— si vuelvo a gobernar a mi país, me rodearé de hombres resueltos que no sean "medias tintas".... He cometido grandes errores. Pero.... ya es tarde....

Y cortó el giro de la conversación:

—¿Qué cosa es la "Enmienda Platt"?

Después, interrumpiéndome:

—¡No se me ponga triste, ministro! No habrá Enmienda Platt, porque no rige en el corazón de los cubanos. Cuando ustedes aceptaron la Enmienda Platt no habían sido libres todavía. Pudo serles impuesta, por eso: en el camino de la servidumbre a la independencia.

Y reanudó sus paseos del espejo al centinela. Y paseando, hablaba a su tío, don Ernesto, ministro de Hacienda, que con el de Justicia, un respetable caballero, el señor Vázquez Tagle, eran las únicas visitas que no se habían marchado todavía. Repentinamente, una duda lo alarma.

—Y la carta de Huerta, ¿dónde está?

Sacudidos por un mismo impulso nos pusimos todos en pie. Don Ernesto resolvió salir a informarse.

—Convendría que la redactases a tu gusto—dijo al señor Madero— y en un pequeño block de papel, escribió el presidente varios renglones que acto seguido nos leyó. Era un "salvo conducto" en el que incluía a su hermano don Gustavo, muerto lo mismo que el intendente....

—Sabe alguno de ustedes dónde está Gustavo?— Preguntó entonces sin la menor sospecha del crimen.

—¡De seguro lo tienen en la Penitenciaría!—Si no lo encuentro, en la estación para continuar conmigo, no me embarco....

Procuré disuadirle de semejante proyecto.

—Eso.... realmente, comprometería la situación. Es a usted, señor Madero, a quien hay que salvar, en las actuales circunstancias. El pobre don Gustavo.... ya veremos.

Volvió el presidente a su mansa plática:

—El crucero "Cuba" ¿es grande, es rápido? He pedido que la escolta del tren la mande el general Angeles para llevármelo a la Habana. Es un magnífico profesor del arma de artillería y acaso el presidente Gómez le dé empleo en la escuela militar.... Escribale usted, ministro, en mi nombre; recomiéndelo. Si dejara al general aquí, concluirían por fusilarlo....

Don Ernesto, llegó con una extraña noticia:

—El señor Lascurain, ministro de relaciones exteriores, va en este momento al congreso a presentar "tu" renuncia.

Madero saltó de la butaca.

—¿Y por qué no ha esperado Lascurain a la salida del tren? Tráelo aquí, en seguida, Ernesto; que venga en el acto; sin demora, corre, tú; vaya usted, señor Vázquez, tráigalo en seguida....

Y a largos pasos nerviosamente, cerrados los puños, rectos los brazos hacia atrás, recorría la distancia del espejo al centinela, más allá del centinela.... Don Ernesto, vuelve con peores noticias. "La renuncia ya fue presentada"....

—¡Pues vé y dile a don Pedro que no dimita él la presidencia interina hasta que no arranque el tren!....

—¡Iré—contestaba don Ernesto—pero cálmate, Pancho, que todo tendrá arreglo!....

Y yo también intermedí, infundiéndole confianza en su destino.

—Llamen por teléfono al ministro de Chile—excla-

maba ansioso:—que venga a buscarnos; y traigan el salvo-conducto de Huerta.

Lentamente fué recobrando su habitual sonrisa, e inundándose de conformidad su espíritu.

—Huerta me ha tendido un segundo lazo y firmada y presentada mi renuncia no cumplirá su palabra....

El señor Vázquez Tagle salió con don Ernesto para no regresar. ¡Todo estaba ya resuelto y decidido! Momentos antes, Huerta, proclamado presidente provisional, entró en Palacio con los honores de su alta investidura. Fué el último informe que nos trajo don Ernesto, disimulando su profunda angustia. Lascurain, había evitado, a mi juicio, una matanza. Prolongó, así, tres días más, la vida de los dos mártires. Y Madero no tuvo para él, en mi presencia al menos, una palabra de reproche. Intentó que don Ernesto hablase al propio Huerta, en persona; pero Huerta, "fatigado por el trabajo" se había recogido a las habitaciones presidenciales. Flaqueaba el optimismo de Madero; Pino Suárez, temía un atentado si los dejábamos, aquella noche, solos; y Angeles opinaba que no saldrían vivos del arriesgado trance. Cada uno pretendía, sin embargo, reanimar a los demás, y bordaba, sobre simples conjeturas, la vana y deleznable explicación. Madero recorre la distancia del espejo al centinela y don Ernesto recomienda serenidad. "Es posible—advierte—que Huerta haya ordenado la salida del tren para las cinco de la mañana, como hizo, con don Porfirio Díaz, cuando lo escoltó en su fuga a Veracruz".... Y aunque no me pareciera fundada la consecuencia, la dí por lógica y evidente. "Si el señor ministro se quedara con ustedes hasta esa hora—continuó don Ernesto—apartaríamos el peligro y podría realizarse el viaje sin obstáculos". Madero, en un principio, se opuso. "¡Cómo, él proporcionarme molestia semejante, allí donde no tenía siquiera una cama que brindar".... Pero, a la vez, todos convenían en que si me marchaba, era probable una desgracia.... Irme, tomar el sombrero, tranquilamente y despedirme, "hasta la vista",

abandonándolos a la bayoneta del centinela, hubiera sido impropio de mi situación de ministro, de mi nombre de cubano, de nuestra raza caballeresca. Amparar con la bandera de mi patria al presidente a quien, un mes antes, había presentado, solemnemente, mis credenciales, era cumplir con el honor de nuestro escudo, interpretar en toda su intensidad, la misión de concordia que en aquellas circunstancias desempeñaba.

Momentos después, don Ernesto salía de Palacio, ocultándose para escapar de sus perseguidores, en la casa de un amigo. Y en seguida un oficial llegaba a la intendencia, solicitando al señor ministro de Cuba, en nombre del nuevo presidente....

—No es posible ya, esta noche, la salida del tren; y el señor presidente de la República lo comunica al Excelentísimo señor ministro, por si desea descansar.

—¿Cree usted que podrá efectuarse el viaje por la mañana?

El mensajero nada sabía; y haciendo una corta reverencia me pidió permiso para retirarse.

—No saldrá el tren a ninguna hora, dijo Madero en tono de suprema resignación. Tomando un retrato suyo, de la mesa del centro, me dijo:

—Guárdelo usted en memoria de esta noche desolada....

Y escribió:

“A mi hospitalario y fino amigo Manuel Márquez Sterling, en prueba de mi estimación y agradecimiento.

FRANCISCO I. MADERO.

Palacio Nacional, febrero 19 de 1913.”

IV

El recuerdo del Intendente Adolfo Bassó. La cama del Ministro de Cuba en la Intendencia. El sueño de Madero y Pino Suárez. El centinela. Meditaciones de Pino Suárez. El desayuno. En el sudario de Gustavo.

Era la una de la mañana.

Diez y nueve días antes, precisamente a esa hora, había yo salido de ese mismo Palacio, alegre y contento, después de un banquete servido con la vajilla de oro del Emperador Maximiliano; y el intendente, hombre de elevada estatura y cierta distinción, don Adolfo Bassó, hacía los honores, en la escalera, a las damas y personajes que desfilaban por el patio, subiendo a sus coches y automóviles. Si entonces algún agorero me hubiera profetizado la dramática escena de la noche del 19 al 20, le habría tomado por un loco. Si nos fuese permitido contemplar a través de los misterios del horizonte, el curso futuro de la vida, pensaríamos que una mano divertida y cruel juega con los destinos del hombre. Descienden de sus tronos los reyes y se elevan, y mandan y tiranizan, los vasallos; el rico empobrece; del pobre se forja un potentado; y barajando como naipes, voluntades y apetitos, hay un azar que pone, en estas manos, los triunfos de la partida, y en aquella coloca los descartes. El intendente, que me despedía, doblando la cintura, en el último escalón, ignoraba que pronto doblaría la esquina de otro mundo, más allá, y que esa era, fatalmente, su postrera despedida en el último escalón de la existencia. Huerta, en algún “bar” de las inmediaciones, bebía, seguramete su tequila, tres semanas antes de dormir, en Palacio, su primer sueño de presidente, sin el derecho y sin la tranquilidad de conciencia de Madero, que, en estos momentos inolvidables, de tres sillas hacía cama para el ministro de Cuba, rogándole que se acostara. De una maleta,

marcada con las iniciales de Gustavo, sacó varias frazadas y mantas que suplieron sábanas y almohadas; revelando Madero, en el semblante, la gracia de quien afronta, dichoso, las peripecias de una cacería en la montaña profunda. El general Angeles, agazapado en su capote militar, se retiró al que fué despacho del intendente; y Pino Suárez, riendo, tuvo ánimo para esta frase: "Ministro: jamás pensó usted hallar en la diplomacia lecho tan duro...."

—El tiempo lo ablandará en la memoria—interrumpió Madero.—¡Y, por Dios, Ministro, no informe usted a su gobierno de que, en México, necesitan los diplomáticos andar con la cama en "la bolsa"!....

Me quité la chaqueta, la corbata, el cuello, los tirantes....

—¡Vaya que es desarreglado este cubano—exclamó Madero,—recogiendo del sofá aquellas prendas y doblándolas prolijamente. Era un rasgo de su carácter el orden, la simetría, la regularidad. Y comenzó a desnudarse como en su alcoba del Castillo de Chapultepec. Iba de un lado a otro acomodando las cosas y disponiendo los muebles que hacían de colgantes. De repente, soltó la carcajada: "Pero, ministro querido, ¿va usted a dormir con zapatos?" Y me descalcé, disimulando el proyecto, adecuado a las circunstancias de estar despierto. Frente a nuestra cama a dos metros de distancia, improvisó Madero la suya; y se tendió ella como Apolo, según Moratín, "en mullido catre de pluma". Envuelto en la frazada blanca de Gustavo, apenas le quedaban visibles los ojos, simulando una figura morisca. Pero al contacto de la ropa de Gustavo, como si el muerto le apretara entre sus brazos se incorporó en el "mullido catre de pluma" apartando, nerviosamente, aquella "funda": "Ministro—exclamó, ahogado por la súbita emoción—yo quiero saber donde está Gustavo...." Y en este instante, desde fuera, apagaron los guardias la luz, desbordándose en el recinto las tinieblas. La ventana del fondo, cerrada herméticamente, daba a una calle solitaria; y, por los cris-

tales del montante, entraron los pálidos reflejos de una lejana farola que iluminaba la bayoneta del centinela. Poco a poco, fuéronse aclarando, a nuestra vista, los objetos como si renacieran de la borrasca; y observé a Madero que dormía un sueño dulce, reposando en el alma de Gustavo. Respiraba con la fuerza de unos pulmones hechos para la vida sana y larga y en su disfraz morisco, entre las sombras pavorosas de la noche y el brillo de la bayoneta, que anticipaba la aureola del inmediato martirio, acaso trasportábase al teatro de sus hazañas de héroe. Intenté adivinar el torbellino de su mente; y escuchaba el vocerío de las triunfadoras huestes de Ciudad Juárez que le piden la cabeza del general Navarro, su prisionero; y, en la obscuridad que sirve de cómplice a su corazón magnánimo, lo veo como sustrae de los verdugos al reo; y cómo, vencedor y vencido, en un automóvil, veloz como el viento, se internan en el bosque y ganan la orilla del Río Bravo y saltan sobre el dorado musgo. Es el primer acto del régimen inverso al de Porfirio. Y, después de estrecharse las manos, el viejo Navarro atraviesa a nado, las aguas rizadas y desde la orilla opuesta, ya en territorio americano, da las gracias agitando su pañuelo.... Madero vuelve a vivir su gloria y sonríe bajo el sudario de Gustavo.

Pino Suárez, duerme sentado en el sofá, abrigándose con una colcha gris. Ambas manos, descarnadas, sujetan sus bordes, sobre el pecho, y las piernas, caídas sobre la alfombra, ensayan la rigidez de la muerte. La cabeza reclinada sobre el hombro flaco, en desorden los cabellos, afilada la nariz, transparente la mejilla, rendidos los párpados, dá frío contemplarlo. Por la boca entreabierta, escapa suave, fino, el resuello; y, a veces, contrae los labios como secando con un beso las lágrimas de sus tiernos hijos, que habían comenzado a ser huérfanos. Despertó a la incipiente claridad de la madrugada y, enderezándose, díjome, muy quedo para no importunar el sueño de su amigo:—"¿No ha dormido usted? Es una noche helada, ¿verdad? ¿Ha oído usted el ruido constan-

te, sordo amenazador, de los aceros? Temen que inspiremos simpatía en cada centinela y los cambian por minuto". Frotóse los ojos con el pañuelo, arrancándoles la visión del pesar que lo amagaba y respiró con todo el pecho como si no hubiera respirado mientras dormía. El poeta, seguramente, anulaba en su alma al político; y turnábanse, en ella, deslumbrándola, el ideal de la patria, por quien moría, y el amor de la esposa, por quien anhelaba a vivir. "Al general Angeles—murmuró—no se atreverán a tocarle. El ejército lo quiere, porque vale mucho y, además, porque fué maestro de sus oficiales. Huerta peca por astucia, y no disgustará, fusilándolo, al único apoyo de su gobierno. En cuanto a nosotros, ¿verdad que parecemos en capilla? Sin embargo, lo que peligra es nuestra libertad, no nuestra existencia. Nuestra renuncia impuesta provoca la revolución; asesinarlos equivale a decretar la anarquía. Yo no creo, como el señor Madero, que el pueblo derrocaría a los traidores, rescatando a sus legítimos mandatarios. Lo que el pueblo no consentirá es que los fusilen. Carece de la educación menester para lo primero. Le sobran coraje y pujanza para lo segundo...."

Pino Suárez, en lo íntimo, muy adentro, desconfiaba de la virtualidad de su lógica y argüía, con palabras optimistas, al pesimismo interno y secreto de su pensamiento: "Yo—añade—¿qué es lo que he hecho para que intenten matarme? La política solo me ha proporcionado angustias, dolores, decepciones. Y créame usted que sólo he querido hacer el bien. La política, al uso, es odio, intriga, falsía, lucro. Podemos decir, por tanto, el señor Madero y yo, que no hemos hecho política, para los que así la practican. Respetar la vida y el sentir de los ciudadanos, cumplir leyes y exaltar la democracia en bancarrota, ¿es justo que conciten enemiga tan ciega, y que, por eso, lleven al cadalso a dos hombres honrados que no odiaron, que no intriguaron, que no engañaron, que no lucraron? ¿Es acaso que el mejor medio de gobernar los

pueblos de nuestra raza lo dá el ánimo perverso de quienes lo explotan y oprimen?

Sumergido en esta dolorosa meditación, cerró los ojos y apoyó la frente en ambas manos. El centinela entregaba la guardia a otro centinela. Y el nuevo, ocupó su puesto como un objeto inanimado que se coloca sobre una mesa. Lo miraba con curiosidad. Era un indio pequeño, de ojos pequeños, de brazos pequeños, de piernas pequeñas. Todo él era pequeño y representaba, no obstante, la brutalidad de la fuerza. El uniforme no le cuadraba: un uniforme descolorido, cortado para un cuerpo de mayor volumen que el suyo. Los calzones, muy anchos y arrugados, producían el efecto de que se le estaban cayendo. En cambio, la bayoneta, erguida, se mantenía recta como el patriotismo de los presos a quienes cerraba el paso. Lejos, alguien caminaba con prisa franca de vencedor; una voz distante pregunta y otra voz, aguda, más cercana, contesta, sin que entiendan las palabras. Es la luz que domina y la vida que comienza de nuevo a reinar. Y el propio Madero, despierto, se incorpora sobre los brazos de Gustavo, para saber qué hora es.

—Las cinco y media.

—¿Ve usted, ministro? Lo del tren a las cinco era una ilusión.

Y continuó su sueño dulce y tranquilo, en el espíritu de su hermano.... La esperanza, nunca marchita en su ineptitud para el mal, había perdido un pétalo entre millares de hojas que al riego de su apostolado retoñaban. Pino Suárez, poeta, concebía mejor la realidad que Madero, agricultor; y aunque disertando, apartaba de sí la idea del martirio, no se desvanecía en su mente vigorosa la horrible visión del suplicio. Más tarde, cuando en torno de la mesa rústica sirve un muchacho desarrapado el desayuno, se sobrepone a la lógica de sus meditaciones el temor intenso:—"No, ministro, no pruebe usted la leche que podría estar envenenada". Tomando rápidamente un sorbo, resolvió el punto; y charlamos, a